

El día en que se cantaba en Nuestra Señora de París el *Te Deum* en acción de gracias por la victoria de Solferino, el príncipe Napoleón se reunió con el emperador, que seguía su marcha de avance y acababa de cruzar el Mincio. El príncipe le llevaba el quinto cuerpo, compuesto de las divisiones de infantería de Autemarre y Ulrich, de la brigada de caballería ligera mandada por el general de Lapérouse y de la división toscana á las órdenes del general Ulloa. El efectivo total era de unos treinta mil hombres y dos mil caballos.

El príncipe Napoleón, jefe del quinto cuerpo, había desembarcado en Génova el 12 de mayo con el emperador. Una de sus divisiones, la de Autemarre, fué destacada de dicho cuerpo y puesta á las órdenes del mariscal Baraguey d'Hilliers, comandante en jefe del primero, y dos de sus regimientos, el 93 de línea y el 3.º de zuavos, tomaron parte el uno en el combate de Montebello y el otro en el de Palestro. No le quedaban ya al príncipe más que la división Ulrich y la brigada de caballería de Lapérouse, con las cuales le mandó el emperador que se embarcara para Liorna y fuera á ocupar la Toscana.

El 27 de abril había estallado una revolución en Florencia. Preparada de larga fecha por Buoncompagni, ministro de Cerdeña en aquella ciudad, se había efectuado sin violencia y sin efusión de sangre. Durante la noche las tropas toscanas se habían puesto la escarapela italiana, y á las siete de la noche el gran duque Leopoldo había salido de su capital en medio de una muchedumbre que le demostraba más indiferencia que hostilidad. Cada representante extranjero envió uno de sus secretarios de legación para acompañarle á él y á su familia, y el Ayuntamiento le ofreció una guardia de honor. La gran duquesa dijo antes de partir al conde de Rayneval, secretario de la legación de Francia: «Confío en que el emperador de los franceses nos protegerá; guardo las cartas que me escribía en 1848 y que atestiguan sentimientos de amistad hacia nuestra familia.» Ninguna amenaza, ningún insulto se dirigió al gran duque por el camino. En la frontera, cuando M. de Rayneval se acercó á despedirse de la gran duquesa, ésta le repitió que contaba con la protección del emperador, y el príncipe heredero, que en 1856 había sido huésped de SS. MM. en Compiègne, expresó el deseo de que les diera sus recuerdos.

El mismo día en que el gran duque se alejaba de sus Estados, Buoncom-

pagni empuñaba las riendas del gobierno con el título de comisario del rey Víctor Manuel, y se enarbolaba la bandera italiana.

El príncipe Napoleón desembarcó en Liorna el 23 de mayo. Desde su llegada á esta ciudad estalló su antagonismo con el marqués de Ferrière-le-Vayer, ministro de Francia en Toscana, el cual escribía al conde Walewski el 24 de mayo: «El príncipe Napoleón ha llegado ayer á Liorna con una parte de su cuerpo de ejército, siendo recibido con el mayor entusiasmo. S. A. I. me había invitado á pasar á verle. El Sr. Buoncompagni había recibido la misma invitación que yo é hicimos juntos el camino. El príncipe nos ha dicho que en el cuartel general se había resuelto la anexión de este país á Cerdeña y que debíamos preparar los ánimos al efecto; que era preciso cortar de raíz la pretendida ambición de reinar en Florencia y que el mejor medio de lograrlo era destruir la autonomía de Toscana entregándola al Piamonte. Yo me he permitido defender ante el príncipe Napoleón la causa de la autonomía toscana, diciendo que tenía en su favor la opinión de todas las notabilidades aristocráticas, científicas, literarias y políticas del país, así como el sentimiento general; que los tenía más que nunca y que los tendría más aún si se la amenazaba seriamente.»

El marqués de Ferrière-le-Vayer añadía en el mismo despacho: «Si se debe consumir la anexión, no sé con qué derecho, no veo por qué concepto deberá quedar aquí un ministro del emperador; y si este ministro debe permanecer aquí para preparar los ánimos á tal medida, es indudable que yo seré incapaz de ejecutar convenientemente ó con buen resultado instrucciones contrarias á las opiniones que todos saben aquí que profeso. Por tanto, si así debe ser, ruego á V. E. que me autorice cuanto antes para volver á Francia.»

El conde Walewski había sido ministro del emperador en Florencia, y lo mismo que el marqués de Ferrière-le-Vayer, era partidario de la autonomía toscana. El 25 de mayo dirigió á éste el siguiente telegrama cifrado: «Me he apresurado á hacer saber al emperador que el príncipe Napoleón declaraba que S. M. había decidido la anexión de Toscana al Piamonte. El emperador me ha contestado esta mañana que si su primo ha dicho eso, ha sido contra sus instrucciones. Manifestádselo así al príncipe Napoleón. Es tanto más esencial que no haya ninguna mala inteligencia acerca de este punto, cuanto que los despachos que os he expedido estos días expresan lo contrario de lo que el príncipe os ha dicho.»

El primo del emperador hizo su entrada en Florencia el 29 de mayo. La muchedumbre que se agolpaba á su paso era tan considerable que el príncipe invirtió siete cuartos de hora en ir en coche desde la estación del ferrocarril hasta el palacio de la Crocetta, designado para servirle de residencia. Desde los balcones que ostentaban colgaduras se arrojaban flores. Por todas partes resonaban los gritos de «¡viva el emperador!, ¡viva Francia!, ¡viva el ejército francés!» El príncipe fué por la noche al Teatro Francés: y apenas se presentó en su palco, todo el público se levantó y le saludó con estruendosas aclamaciones. Al salir,

el gentío, formando una escolta improvisada, con banderas, antorchas y músicas militares, le acompañó hasta su palacio, cantando á coro un himno de guerra recién compuesto para las tropas toscanas.

Reproducimos aquí los extractos de dos despachos dirigidos al conde Walewski por el marqués de Ferrière-le-Vayer:

«Florenca, 9 de junio de 1859. — La presencia del príncipe Napoleón ha hecho mucho daño. Ha sido explotada por el partido sardo. El barón Ricasoli y el abogado Salvagnoli me han dicho hace pocos días que se debería abolir radicalmente el poder temporal del papa. A la verdad es ya demasiado que esos señores decidan así, desde su improvisada silla ministerial, una de las más graves cuestiones que puedan suscitarse ante la espada victoriosa del emperador y de su elevado criterio.... Lo repito, señor conde; si se quiere reservar intacta la cuestión de Toscana, es preciso traer aquí, no un príncipe con un cuerpo de ejército, sino quinientos ó seiscientos franceses encargados de conservar el orden material, y prevenir al comisario regio y á sus ministros que aguarden los arreglos definitivos que se adopten después de la guerra, sin pretender prejuzgarlos.»

El segundo despacho, fechado el 14 de junio, era una verdadera argumentación contra la unidad italiana. En él se decía: «La unidad de Italia traería consigo la caída del poder temporal de los papas, tan unida á las tradiciones de nuestro país desde el origen de su monarquía que, sin hablar de las consecuencias para el mundo católico, esta caída abriría desde luego en Francia un abismo, y además crearía en el Mediterráneo una potencia de primer orden, que una vez constituida, propendería, si llegásemos á enemistarnos con Inglaterra, á ser su aliada más bien que la nuestra, aunque sólo fuera por volver á quitarnos la Córcega, como lo piden Guerrazzi y Salvagnoli en sus novelas y folletos.»

El ministro del emperador en Florenca terminaba así: «Sería preferible para nosotros renunciar á la perspectiva de adquirir la Saboya y obtener de este modo con nuestro desinterés el derecho de imponer moderación á Cerdeña, á proporcionarle un engrandecimiento que podría introducir tan graves perturbaciones en nuestra esfera política y religiosa. Enrique IV y Richelieu, cuya autoridad se viene invocando hace meses tan á menudo, pensaban en desmembrar las grandes potencias vecinas de Francia y no en reunir miembros esparcidos para constituir en nuestra frontera un Estado más.»

Entretanto, las ideas unitarias hacían rápidos progresos, no sólo en Toscana, sino también en Parma, en Módena y en las Romañas.

La duquesa de Parma, hermana del conde de Chambord, había tratado inútilmente de salvar el trono de su hijo, observando una estricta neutralidad entre Austria y Cerdeña. Pero como el 10 de junio los austriacos evacuaran á Piacenza, se consideró perdida. El 16, el gobierno piemontés nombraba al Sr. Pallieri gobernador del ducado de Parma. El 27 la duquesa partió para Suiza después de anunciar en una proclama que, puesta en la necesidad ó de tomar parte en

una guerra llamada de nacionalidad, ó de faltar á compromisos contraídos con Austria, se retiraba para evitar la alternativa de contrariar los deseos de Italia ó de faltar á sus compromisos.

El duque Francisco de Módena no había sido más afortunado. El 27 de abril, las provincias de Massa y Carrara se habían pronunciado contra él. Se retiró á la fortaleza de Brescello é hizo que los austriacos ocuparan á Módena y Reggio. Habiendo evacuado éstos las dos ciudades, el 12 de junio se refugió en Austria, y el 19 se instaló Farini en Módena en calidad de comisario piemontés.

Las Romañas tuvieron una suerte análoga. Los austriacos salieron de ellas en los días 11 y 12 de junio. Bolonia nombró al punto una junta, uno de cuyos individuos era el marqués Joaquín Popoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III y casado con una princesa de la casa real de Prusia, la hija del príncipe de Hohenzollern, á la sazón presidente del Consejo de ministros en Berlín. El primer acto de esta junta fué proclamar la dictadura del rey Víctor Manuel, que se apresuró á enviar al Sr. d'Azeglio á las Romañas en calidad de comisario extraordinario. El 15 de junio el cardenal Antonelli protestaba contra una «feonía que, según decía, causaba horror á todo el mundo.»

La política del príncipe Napoleón triunfaba, y el emperador, sin dejar de desear la federación de Italia, no adoptaba ninguna medida para oponerse á la unidad, cuya señal daba audazmente la actitud del gobierno piemontés en Toscana, Parma, Módena y las Romañas.

El príncipe Napoleón, que tanto había inducido á la guerra, se había vuelto de pronto el partidario más decidido de la paz. El general Fleury escribía á su esposa el 30 de junio: «¡Qué carácter tan voluble es el nuestro! ¡El príncipe Napoleón es su tipo exagerado! Dice sencillamente que el emperador debería regresar á París, así como el emperador de Austria á Viena, y que ha llegado el momento de negociar.»

Otra carta del 1.º de julio: «He hablado detenidamente con el príncipe Napoleón, y me ha parecido no tan sólo razonable y deseoso de ver que el emperador se aprovecha de su victoria para asegurar la base de la paz, sino grandemente asustado de la gravedad y de la extensión que debe tomar fatalmente la guerra, si no se sabe limitarla á tiempo. De todo esto resulta que el príncipe no profesa mala opinión *por el momento*.»

No era posible ya hacerse ilusiones. Alemania entera iba á pronunciarse contra Francia, y Rusia no tomaría las armas contra Alemania. El ejército prusiano se había puesto en movimiento para concentrarse en el Rhin, dando la mano á otros muchos cuerpos del ejército federal, y el cuerpo de observación reunido en Nancy á las órdenes del mariscal Pelissier no podría resistir un ataque de Prusia y de los demás Estados de la Confederación germánica.

Se ha censurado con frecuencia á Napoleón III por haberse detenido á la mitad de la lucha, suponiéndose que si la hubiera continuado habría podido contar con el apoyo cierto de Rusia. Vamos á reproducir un despacho que prueba que esto es un grave error. El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía el 25 de junio al conde Walewski: «La noticia de la movilización de seis cuerpos del ejército prusiano ha producido la más desagradable impresión al gabinete ruso. El príncipe Gortschakoff no ha disimulado que estaba muy alarmado. La intención de Prusia es llevar un ejército al Rhin y otro al Mein. El príncipe deduce de esto que para evitar la terrible extremidad de una guerra con Alemania debemos apresurarnos á entablar negociaciones. Desea ardientemente que éstas puedan abrirse sobre bases justas, á propósito para asegurar una paz duradera y en relación con los votos legítimos de Italia, el interés de Europa y la situación de las partes beligerantes. Está íntimamente convencido de que si la guerra se prolonga se hará general; prevé que

en nuestras operaciones ulteriores nos será difícil no penetrar en el territorio germánico. En esta situación llena de peligros incalculables, el gabinete de San Petersburgo confía en la moderación de que el emperador ha dado tantas pruebas y que debe ser fácil después de la victoria. — Si Francia consiente en negociar, dice el príncipe Gortschakoff, encontrará en nosotros un apoyo para sus miras; de lo contrario, sólo nos restará resignarnos tristemente y abstenernos.»

El emperador Alejandro II procedió con franqueza y lealtad. Envió á Napoleón III el conde Schuwaloff, portador de una carta en la que trazaba el cuadro más exacto de la situación.

El general Fleury escribía desde Veggio el 1.º de julio: «Tenemos aquí un recién llegado al cuartel general, el joven conde Schuwaloff, ayudante de campo del emperador de Rusia, portador de una carta autógrafa de su soberano, y que viene á estudiar las operaciones de la campaña. Es un joven coronel simpático muy inteligente y del cual se puede sacar algo. Me ha dicho que había visto á su paso por Berlín á la gran duquesa Elena y que había sabido por ella que el príncipe de Prusia estaba positivamente envidioso de los laureles y de la influencia del emperador Napoleón; que pasaba el tiempo estudiando el mapa, clavando en él alfileres y preparándose para ser á su vez un gran guerrero.... En cuanto al auxilio efectivo é inmediato que el público había creído deber encontrar en Rusia contra Austria, hay que renunciar completamente á él.... ¡Cuidado con la guerra general; y entonces, cuidado con Inglaterra y sobre todo cuidado con la revolución y el abandono de Francia!»

El conde Walewski se había opuesto siempre á la guerra y hacía toda clase de esfuerzos por decidir al emperador á ponerle fin, enviándole al efecto los informes más alarmantes. Todos los representantes de Francia en Berlín, en Francfort y en los Estados secundarios de Alemania estaban unánimes en presentar la situación como muy amenazadora. Las pasiones de 1813 revivían. Todo cuanto Napoleón intentara para tranquilizar á los alemanes había resultado inútil. El príncipe de Prusia no cesaba de decir que el emperador engañaba á todo el mundo y que el deber de los prusianos y de todos los alemanes era prepararse á hacer frente al peligro. Todos los Estados de la Confederación se pronunciaban contra Francia, y habría sido imposible encontrar en ninguno de ellos la menor simpatía por la causa italiana.

En la crisis general que parecía inminente, ¿podían contar al menos los italianos con los ingleses? De ningún modo. El 10 de junio, el ministerio tory presidido por lord Derby había sido derribado por una votación contraria de la Cámara, y reemplazado por un ministerio whig, en el cual lord Pálmerston era primer ministro y lord John Russell jefe del *Foreign-Office*. Los italianos, al ver en el poder á estos dos campeones de su causa, se habían forjado grandes ilusiones y confiado en que tal vez las escuadras de Inglaterra fuesen á ayudarles á libertar á Venecia. En el momento en que se hacía pública la votación de la Cámara de los Comunes que había derribado al ministerio tory, vióse en los pasillos el

marqués Manuel d'Azeglio lanzar su sombrero al aire y prorrumpir en exclamaciones de alegría. «Jamás se hubiera creído, ha dicho lord Malmesbury, que un embajador, por más que fuera italiano, pudiera permitirse tales extravagancias.» A los pocos días, el marqués, lleno de confianza todavía, exponía á lord Pálmerston el plan de un reino de Italia compuesto de la Lombardía, el Véneto, las Romañas y los Ducados. El primer ministro se limitó á contestar: «El asunto está en saber si Francia querrá constituir á su lado una segunda Prusia.»

A Napoleón y Víctor Manuel, amenazados por Alemania, no se les había ocurrido ni por un momento contar con el apoyo armado de Inglaterra. ¿Podían contar al menos con su apoyo moral? Tampoco. Una vez terminada la lucha, las demostraciones italianas debían ser tumultuosas en Londres; mas durante la guerra, como antes de ella, no se levantó una sola voz en la Gran Bretaña para pedir la abolición de los tratados de 1815, cuyo mantenimiento pedían la reina, el príncipe Alberto, y los whigs lo mismo que los torys. Nadie pensaba que ondeara el pabellón inglés en el Adriático para ayudar á la liberación de Venecia.

Napoleón III, demasiado inclinado á creer en las disposiciones amistosas de Inglaterra, se figuró que le ayudaría, ya que no á continuar la guerra, por lo menos á hacer la paz. Confió en que su antiguo amigo lord Pálmerston le prestaría su auxilio y procuraría sacarle de una situación que cada día se hacía más crítica. Hizo que su embajador el conde de Persigny explorara el terreno, y éste le indicó, sólo como sugestión personal, un proyecto de arreglo que confería la Lombardía al Piamonte y creaba en favor de un archiduque un reino separado que comprendía el Véneto y el ducado de Módena. «Estas combinaciones, le dijo lord Pálmerston, desagradarán á entrambas partes. Los austriacos no cederán el Véneto que todavía ocupan. Los italianos esperan la libertad completa de su país y no creerán haberla conseguido mientras reine un archiduque en Venecia y en Módena.» En suma, que se disipó pronto la esperanza de la mediación inglesa.

Lord Pálmerston, antes gran admirador de Napoleón III, había llegado á sentir contra él las desconfianzas de Alemania y á hablar desdeñosamente de su política. «Su cabeza, decía, es como una conejera, en la que se renuevan las ideas tan de continuo como los conejos.» A las gestiones del conde de Persigny respondía en tono que no tenía nada de benévolo: «Si al emperador le parece la guerra demasiado larga y la tarea en extremo ruda, que haga sus proposiciones personales, formales, al emperador de Austria y no nos pida que asumamos la responsabilidad de sus sugestiones.» Iba á seguirse este consejo más pronto de lo que el estadista inglés hubiera creído. Viendo Napoleón que no podía esperar nada de Londres, resolvió dirigirse directamente al emperador de Austria y hacer bruscamente la paz cuando todo el mundo creía en la continuación de la guerra. Le gustaban las cosas imprevistas así como los efectos teatrales.

LVII

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA

Napoleón III conocía el antiguo adagio: *Si vis pacem, para bellum*. «Si quieres la paz, apércibete para la guerra.» En el mismo momento en que deseaba una solución pacífica, cuidaba de ocultar á todo el mundo el fondo de su pensamiento y hacía con más actividad que nunca sus aprestos bélicos. Lejos de disminuir sus efectivos, los aumentaba. Su ejército se reforzaba diariamente en el Mincio. Además del cuerpo del príncipe Napoleón que acababa de reunirsele, se aguardaba una división de Francia. El ministro de la Guerra había transmitido el 1.º de julio una orden al efecto al mariscal Castellane, el cual designó la división del general Hughes para destacarse del ejército de Lyon y juntarse en Brescia con el ejército de Italia, con el encargo de cubrir los desfiladeros de los Alpes, sirviendo de reserva á Garibaldi y á Cialdini.

El ejército aliado estaba convencido de que iba á acometer de frente el formidable cuadrilátero que, formado por las cuatro ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnago, constituye una de las posiciones estratégicas más fuertes del mundo entero. Se había iniciado ya el sitio de Peschiera, situada junto al Mincio, en el punto en que este río sale del lago de Garda á veinticuatro kilómetros de Verona. El asedio era completo en la orilla izquierda y se empezaba en la derecha el trabajo de la línea de contravalación.

El emperador pasaba los días visitando los puntos más avanzados ocupados por sus tropas y vigilando los trabajos que los artilleros é ingenieros ejecutaban en el Mincio. Por todas partes se le veía informándose por sí mismo de los menores detalles. Durante toda la campaña mostró una igualdad de humor inalterable, suma benevolencia para los jefes del ejército é incesante solicitud por la suerte de los oficiales y de los soldados. Soportando muy bien la fatiga, daba á todos buen ejemplo. Su amabilidad y cortesía inspiraban cariño y respeto. Pero la situación sanitaria no dejaba de disgustarle. A principios de julio había veinticinco mil enfermos en los hospitales ó enfermerías. Habíase trasladado á Génova gran número de prisioneros austriacos y Napoleón mandó que se les tratara con toda consideración y que se anticipara dinero á los oficiales que lo necesitaban. El sentimiento que le causaban las calamidades de la guerra y su deseo de atenuarlas se hacía patente en todas ocasiones. Como un enviado del emperador de Austria se presentara á reclamar los restos mortales del príncipe de Wui-